



Tenía seis años. Estaba en Kioto. No sé por qué, aquella tarde mi padre estaba nervioso y me culpó de haber derramado tinta sobre un libro y de haberlo estropeado. Yo, el libro no lo había tocado. Pero él insistió en que había sido yo y que mentía para que no me regañaran. La acusación me pareció tan enorme y tan injusta que pensé en suicidarme para demostrarle que yo decía la verdad. Después pensé que era estúpido morir solo para demostrar la propia inocencia: lo habría castigado con un dolor ardiente, pero al mismo tiempo me habría impedido a mí misma crecer y curiosear sobre el mundo y sobre las cosas, y esto me disgustaba. Entonces tomé una decisión: me escaparía de casa y no regresaría jamás.

No quería vivir en una familia que no me creía y que me acusaba injustamente. Incluso mi madre, que normalmente era conciliadora y generosa, se puso en mi contra cuando vio que tenía los dedos sucios de tinta. Pero yo me había manchado mientras intentaba transcribir un pictograma japonés en una hoja en blanco. El libro de mi padre no lo había visto y no lo había tocado. Daban más crédito a los dedos sucios de tinta que a mis palabras, y me parecía una cosa gravísima.

Mi guapísimo y jovencísimo padre se dio cuenta de que yo no estaba cuando mi guapísima y jovencísima madre empezó a llamarme sin obtener respuesta. Iniciaron la búsqueda, al principio distraídamente y después cada vez más alarmados. Si en casa no estaba y en el minúsculo jardín no me encontraban, ¿dónde me hallaba? ¿Me habría secuestrado alguien? Precisamente un mes antes había salido en el periódico la noticia de la desaparición de una niña de mi edad; quizá se la habían llevado, no se sabía ni dónde ni por qué.

Mis padres empezaron a buscarme dentro de la casa y en el jardín, y luego por la calle, en el gran barrio en el que vivíamos, lleno de casuchas amontonadas, cafés en cuyas entradas colgaban cientos de flecos de tela que se agitaban y se balanceaban sobre las puertas, y mil tiendas de las que salía aroma de *tsukemono* y arroz hervido. Pero nadie había visto a una niña rubia de seis años que caminaba sola por las calles de Kioto. Mis padres estaban desesperados y recorrieron la ciudad de arriba abajo; sin descuidar los hospitales y los centros de urgencias.

Después, ya casi de noche, cuando se retiraron para descansar un momento antes de reemprender la búsqueda, llegó una llamada telefónica de la Policía Municipal:

—La niña está aquí, ¿se llama Dacia? Venid a buscarla.

—¿La habéis encontrado? ¿Dónde? ¿Está bien?

—Está perfectamente.

—¿Dónde tenemos que ir?

—Al distrito de policía del barrio de Higashiyama.

Y cuando llegaron mis padres y abrieron la puerta, me vieron sentada sobre la mesa de la jefatura de Policía, rodeada por un montón de policías a los que les hacía gracia oírme hablar en el apresurado dialecto de Kioto. Les

contaba que en casa no estaba bien, que quería irme de la ciudad, que iba a buscar un trabajo, y hasta les llegué a pedir que me contrataran en la Policía porque podría haber sido una buena investigadora.

Mis padres, que habían estado muy preocupados, se quedaron de piedra al verme tan alegre y serena, sentada y balanceando las piernecillas, con las sandalias de piel rojiza cubiertas de polvo, mientras charlaba tranquilamente con los policías que formaban un corro alrededor de mí.

Esperaba que me cayera una regañina terrible. Sin embargo, mi madre me estrechó contra su pecho mientras repetía conmovida:

—No lo vuelvas a hacer, no lo vuelvas a hacer. —Y me empapaba el pelo con sus lágrimas. Mi padre refunfuñaba diciendo que era una cabezota y que tenía que aprender a no comportarme como una inconsciente. No le respondí porque no quería humillarlo delante de los policías, pero me habría gustado decirle que el inconsciente era él, que no había creído en mis palabras sinceras y sí en un indicio acusador.

Aquella noche dormí de maravilla. Había desahogado mi indignación por la injusticia que había sufrido y sabía que mi padre no se volvería a atrever a culparme de algo que no había hecho. Habría sopesado mejor las apariencias y creído en mis palabras antes que en los indicios. Sabía, y lo habían comprendido también mi adorable Topazia, la de los ojos azules y los labios de coral, y mi querido Fosco, el de los ojos castaños llenos de ironía y gracia, que mi reacción frente a un abuso iba a ser siempre drástica y decidida. Y eso que no tenía mal carácter: era alegre, generosa con los demás y amable. Solo cuando me encontraba ante una injusticia me invadía una indomable indignación que me

llevaba a rebelarme de forma extravagante, a veces tranquilísima y determinada, a veces agitada y con reacciones que no conseguía frenar.

Más adelante me pregunté si esa indignación ante la injusticia nacía de un sentimiento espontáneo, natural, quizá hereditario, o si era también una herencia cultural. Sabía que mi abuela Yoi, la escritora medio inglesa medio polaca, había sido una mujer rebelde. Sabía que mi padre, cuando el abuelo le puso en la mano el carné del Partido Fascista porque «así encontrarás trabajo», lo rompió delante de sus narices y se pasaron diez años sin dirigirse la palabra. Sabía que mi madre decidió, sin consultárselo a mi padre, que no iba a apoyar la República de Saló, aunque estuviera segura de que entonces lo que le esperaba era el campo de concentración. Varias formas de injusticia a las que abuelos, padres, madres reaccionaron con firmeza, confiando más en sus convicciones que en los deberes sociales que les imponía el momento histórico. Fueron exhortados, regañados, amenazados, pero nadie había conseguido frenarlos.

¿Podemos considerar una herencia este sentimiento de sublevación contra las injusticias, que se filtra por vía parental de cerebro a cerebro, de corazón a corazón? ¿O se trata de un instinto que la naturaleza pone a nuestra disposición frente a las dificultades de la vida? Aún hoy no tengo una respuesta clara. He conocido personas que son sensibles a los abusos y otras que no lo son. Y, sin embargo, tengo la sensación de que este sentimiento de rebelión es algo más instintivo que cultural. Pero el instinto, si no se cultiva, si no es estimulado, puede dormirse y quedar aletargado.